

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica de Quinquagésima.

*Et clamavit, di-
cens: Jesu fili Da-
vid, miserere mei.*

Luc, xviii, 38.

Y dijo á voces:
Jesús hijo de David,
ten misericordia de
mi.

Ha sonado la hora, anunciada por los profetas, y suspirada por las naciones; Jesús lo sabe, y tomando aparte á los doce, les anuncia el sangriento drama que ha de salvar al mundo, diciendo: Mirad, vamos á Jerusalem, y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas del Hijo del hombre. Porque será entregado á los gentiles, y será escarnecido, y azotado, y escupido. Y después que le azotaren, le quitarán la vida, y resucitará al

tercerodia. ¿Podía el Señor anunciar con mas claridad su pasión y muerte? Pues los discípulos no entendieron nada de esto, dice San Lucas. Y esta palabra les era escondida, y no entendían este lenguaje.

Y aconteció que acercándose Jesús á Jerichó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosna. Y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó ¿qué era aquello. Y le dijeron, que pasaba Jesús Nazareno. Y dijo á voces: Jesús hijo de David, ten misericordia de mí. Los que iban delante le reñían, para que callase. Mas él gritaba mucho mas: Hijo de David, ten misericordia de mí. Y Jesús parándose, mandó que se le trajesen. Y cuando estuvo cerca le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él respondió: Se-

ñor, que vea. Pues ve, le dijo Jesús: tu fé te ha hecho salvo. Y al punto vió, y le seguía glorificando á Dios. Y el pueblo cuando vió el milagro, dió loor á Dios.

Habeis oido el relato evangélico, y no dudo que os habrá interesado vivamente la fé de ese ciego, sus voces lastimeras, su deseo de ver, y su constancia en pedir. Sabia que Jesús podia curarle, y acude al divino médico, en demanda de misericordia, sin cuidarse de humanos reproches, sin arredrarse ante los obstáculos y dificultades, como quien sabe que la fé allana colinas y traslada montañas. Ese ciego sentado junto al camino, pidiendo limosna, representa la miserable situacion de tantos hombres que han perdido la vista del alma y viven como de asiento en la culpa; pidiendo al vicio, al mundo y á la carne la degradante limosna de goces indignos y groseras satisfacciones. ¿Sois vosotros del número de estos ciegos espirituales? Y siéndolo, ¿no queréis sanar? Yo vengo á mostraros la gravedad de esta dolencia del alma y su remedio.

Tenemos en el presente Evangelio un ejemplo tristisimo de ceguera espiritual que debe ser-

virnos de luz y norma para conocer y remediar la que nosotros padecemos.

Acercábase la hora y la potestad de las tinieblas. Jesús se retira para conferenciar á solas con sus discípulos, y les dice: Mirad, vamos á Jerusalem la ingrata, y serán cumplidas todas las cosas escritas acerca del Hijo del hombre. Está decretada mi muerte. Un pueblo ébrio de furor me escarnecerá, azotará y escupirá, y despues que me hubieren cubierto de oprobios, me quitarán la vida, pero á los tres dias resucitaré. ¿Quién no comprende los grandes sucesos que van á realizarse, despues de una explicacion tan clara y detallada? Y con todo, los discípulos no entienden este lenguaje, les era escondida esta palabra, y no entendian lo que el Señor les habia dicho. ¡Ceguera lamentable! No penetraban, dice San Gregorio, el sentido de esta palabra, porque todavia eran carnales. Participaban del erróneo concepto que los judios se habian formado acerca del Mesias, segun el cual, el libertador suspirado vendria á romper las cadenas de Israel, á fundar un reino material, á restaurar el floreciente trono de Salomon, sobre las ruinas del imperio romano que á la sazón domi-

naba en la Judea. Y como este rey manso y pacífico no bablaba mas que de azotes, oprobios, humillaciones, y muerte afrentosa; como anunciaba cosas tristes, sucesos horribles, escenas de sangre, los discipulos no entendian este lenguaje, no podian comprender la verdad de tan lúgubres vaticinios, no querian persuadirse de que su Maestro habia de ser objeto de tan crueles tratamientos, terminando su carrera en un patíbulo ignominioso como el último de los esclavos. ¡Cuántos ciegos hay entre nosotros que no entienden, ó no quieren entender el lenguaje de la Religion y los avisos materiales de la Iglesia! Mirad, se acercan dias de escándalo y de libertinaje, dias en que los pueblos y ciudades, se entregan á los mas abominables excesos; en que la virtud se esconde avergonzada en lo mas retirado del santuario á llorar sobre las locuras humanas, mientras el vicio y la disolucion se pasean triunfantes por calles y plazas, y reciben un culto sacrilego en tertulias libertinas, festines orgaísticos, y saraos disolutos, que escarnecen la moral y encienden el fuego de las pasiones mas ignominiosas; dias en que el pueblo cristiano se olvida de Dios y de su conciencia, de su

alto origen y de su noble destino, de su fé y de su dignidad, de su bandera que es la Cruz y de su patria que es el cielo; dias nefandos en que mil bocas blasfeman contra Dios y contra su Cristo, mil corazones se convierten en otros tantos patibulos donde el Hijo de Dios es bafado, saturado de oprobios, escarnecido y crucificado. Mirad, se van á cumplir todas estas cosas que deshonoran á un pueblo cristiano, que hacen llorar á los ángeles del cielo y á los justos de la tierra, que regocijan al demonio y aumentan el número de sus víctimas. *Ecce*, mirad, que las reprobadas diversiones del Carnaval son incompatibles con el espíritu cristiano, y no podeis entregaros á ellas sin ofensa de Dios, sin menoscabo de la profesion cristiana, sin detrimento de vuestra conciencia y sin peligro de vuestra eterna salvacion. Asi habla la Iglesia en estos dias nefastos, asi previene á sus hijos, temerosa de su ruina espiritual, asi procura conmovier sus corazones, ofreciendo á su vista la Cruz, y convidándolos á meditar la passion y muerte de Jesucristo, su Dios y Salvador. Pero ¿qué sucede hermanos míos? Que los cristianos no entienden, que no quieren entender este lenguaje, que cierran sus ojos á la ver-

dad, y sus oídos á la voz de la Iglesia, y su corazón á los estímulos de la gracia *Et ipse nihil horum intellexerunt*, ¡Ceguera deplorable con remate de obstinación! ¿Quién no se aflige y desconsuela en presencia de tamaña desventura y de tan grande miseria? ¿Y dónde encontraremos remedio adecuado á tan grave dolencia? ¡Ah! Un ciego del cuerpo nos enseñará cómo se curan los ciegos del alma. Él nos dirá quién es el médico sapientísimo y amorosísimo que puede curarnos, y de qué manera, en qué forma hemos de impetrar su gracia misericordiosa.

Habia un ciego á la entrada de Jerichó, sentado cerca del camino, pidiendo limosna. Iba Jesús acompañado de muchas gentes que á todas partes le seguían, y al oír el ciego el tropel de la gente que pasaba preguntó que era aquello. Dijéronle que pasaba Jesús Nazareno. Apenas oyó esto, comenzó á dar voces, diciendo: Jesús Hijo de David, compadécete de mí. Este hombre no es ciego de espíritu, tiene vista de fé, y la fé le salvará. Desea la salud, conoce al médico, le llama con tiernos clamores, y alcanzará lo que pide. La gente que iba delante, increpa al pobre ciego, y le riñe para que calle, para que

no moleste al divino taumaturgo; pero el animoso pordiosero no entiende de respetos humanos, y grita mucho más: Jesús hijo de David, apiádate de mí. Y Jesús parándose mandó que se le trajesen. Dícete Jesús: Qué quieres que te haga? Señor, responde el ciego, que vea. Eso es lo que quiero, lo que deseo, lo que te pido á tí, Jesús hijo de David, poderoso en obras y palabras, el Mesías prometido, Redentor de los esclavos, luz de los ciegos y vida de los muertos. Jesús escucha con oído de misericordia la ardiente súplica del ciego, su corazón se conmueve, y abriendo sus labios, con acento amoroso pronuncia estas palabras, expresión de su infinito poder y de su infinita misericordia, Pues vé: tú fé lo merece, ella te ha hecho salvo. Y al punto se abrieron los ojos del ciego, y vió. Y seguía á Jesús dando voces de júbilo, y glorificando á Dios que da vista á los ciegos y sana las contricciones del corazón.

Hé aquí el remedio de nuestros males. Jesucristo es la luz y el foco de la verdadera luz que ilumina la inteligencia humana. Jesucristo es el divino médico que cura la doble ceguera del entendimiento y del corazón. Jesucristo es hoy, como lo fué ayer, y lo

será siempre el maestro de toda verdad, el modelo de toda virtud, la vida de todas las vidas, el principio de todo bien, y el fin de toda noble aspiracion; como es autor de toda obra buena por medio de su gracia y remunerador de buenos y malos, de justos y pecadores y hasta de las mismas justicias por ley eterna, de la justicia que ha de residenciar á todos los nacidos, dando á cada uno segun sus obras. ¿Quereis ver? ¿quereis sanar? ¡Oh! ¡qué feos son los ojos de los ciegos! Y no es maravilla, dice San Ambrosio, que el semblante humano aparezca tan deforme sin la hermosura de los ojos, cuando el mismo cielo perderia su belleza sin los astros que tan esplendidamente le hermosean. Quitad el sol, la luna y las estrellas que son los ojos del mundo, y le arrebatáis toda su hermosura. *Detrahe stelarum lumina, et quædam est in caelo cæcitatís deformitas* (1).

¡Oh que fea es el alma ciega, ciega del entendimiento, ciega de la memoria y ciega del corazon! Toda la vida del hombre, dice San Agustin, debe emplearse en sanar el ojo del corazon que sirve para ver á Dios. *Tota igitur vita est sanare oculum cordis, unde vide-*

tur Deus. Tened una fé tan viva como la del ciego, pedid con fervor, con humildad y perseverancia la luz divina, despreciad los respetos humanos, no temáis las burlas de los malos, ni os acobardeis ante los obstáculos que suscite el mundo para impedir vuestra salud. Corred á los pies de Jesucristo, exponed vuestra miseria, llamad con gemidos á la puerta de su corazon, y decidle con deseo de sanar: Señor, compadece de mi que soy ciego de espíritu, que estoy desnudo de la gracia, enfermo del corazon y esclavo de Satanás. Señor, que vea: esta es mi necesidad. Remediadla, divino médico, y sereis glorificado en los cielos y en la tierra. Y al punto se abrirán los ojos de vuestra alma, y sereis salvos en el tiempo y en la eternidad, Amen.

EL MILAGRO DEL SIGLO XIX.

(Conclusion.)

El número de *Hermanitas* destinadas á la asistencia de los establecimientos citados pasa de *tres mil*; y además hay mas de *seiscientas* jóvenes que se hallan en el noviciado. La congregacion sigue la regla de San Agustin y se compone de todas clases sociales, desde las princesas de sangre real hasta las mas humildes

(1) De Noe et arca, cap. VII.

obreras. Los estatutos de esta grandiosa congregacion han sido aprobados por los Soberanos Pontífices Pío IX y León XIII, y el Rdo. P. Le-Pailleur, fundador y director de la obra, así como una de las jóvenes fundadoras, que aun viven, tienen la satisfaccion de ver como crece y se multiplica, bajo la mirada vivificante de la Providencia.

En estos asilos cristianos, verdaderos palacios de la pobreza, son numerosas las conversiones á la Religion católica, que se verifican, particularmente en los países protestantes. Entre las mismas *Hermanitas* las hay que han abjurado los errores del protestantismo, y hoy, por su fervor, su celo y su unción religiosa, son acabados modelos de caridad.

He tenido la satisfaccion de oír á una *Hermanita* que ha residido mas de diez años en los Estados-Unidos, que entre los continuos y extraordinarios hechos que se realizan, con los cuales podría formarse un libro voluminoso, se registra el de la conversion de dos señoritas protestantes parientes de un lord inglés, cuya familia, despues de haberse hecho católica, ha consagrado las dos jóvenes al servicio de los pobres ancianos. Ambas han pasado el noviciado en Francia, y hoy van destinadas de superiores, una á Calcuta y otra á la Australia.

En Madrid hemos tenido ocasion de admirar el crecimiento prodigioso de esta institucion; pues desde el primer asilo que instalaron en la calle de Hortaleza, en el cual albergaron hasta *veinti* *cuatro* ancianos, trasladáronse pronto al paseo de Santa Engracia, donde los asilados llegaron al número de *noventa*, y

mas tarde al hermoso edificio de la calle de Almagro, que ocupan hoy sobre *trescientos cuarenta* ancianos de ambos sexos.

Todavía ha sido insuficiente este recinto, y han fundado otro asilo que se titula de *Santa Ana*, en el barrio de la Prosperidad, donde se hospedan ya mas de *cuarenta* asilados.

Todas estas obras magnificas, que pregonan la gloria de Dios con admirable elocuencia, han salido del tesoro inagotable de la caridad.

Con razon se ha dicho que esta virtud es una planta que tiene su raiz en el cielo.

III.

Al resultado que acabamos de exponer, llegó la hermosa y santa institucion pidiendo limosna unas veces, y otras recibéndola sin pedirla; siendo de notar que hasta los mismos enemigos de la religion católica, subyugados por su grandeza, se han convertido frecuentemente en los mas denodados bienhechores.

La historia de los socorros que, como llovidos del cielo, ha recibido la institucion es una verdadera epopeya nutrida de episodios dignos de ser cantados por los hombres y por los ángeles.

Lo sobrenatural, lo maravilloso, lo extraordinario, se asocian al progreso de esta obra fecunda, de una manera que confunde á la razon humana.

Un vecino de Jersey tenia una parienta en Saint-Servan, llegó á socorrerla y la encontró en el asilo de las *Hermanitas* tan bien cuidada, tan contenta, que la dejó en él y se volvió á su casa lleno

de reconocimiento. Desde entonces solía enviar algunas limosnas, y al morir dejó un legado para el asilo, de *siete mil* francos.

Hallábase en Rouen el sacerdote señor Le-Pailleur, cuando se inauguró la instalación de las *Hermanitas* en dicha población; y como el padre fundador diera gracias á un fabricante por su extremada generosidad en favor de la casa, le respondió éste apretándole las manos y saltándosele las lágrimas:

—Yo soy quien debo estar á usted agradecido. Antes de conocer á las *Hermanitas* no conocía á Dios: ellas me han hecho verle y amarle. Hoy tengo tranquilidad: soy cristiano, y á usted se lo debo.

Entre una hija y una madre hicieron ir un día al jefe de la familia á visitar el asilo de los pobres ancianos. Aquel hombre era muy rico y tan apegado á los intereses, que no hacía gran caso de las enseñanzas de la fé ni de las leyes de la caridad. De mala gana se metió una moneda de cinco francos en el bolsillo. Visitó el asilo, vió á las *Hermanitas* y quedó maravillado de su abnegación. Al salir leyó debajo de un cepillo, que estaba junto á la puerta, estas palabras: «*Bendita sea de Jesús y de María la mano que eche aquí una limosna para los pobres.*» Depositó en el cepillo su moneda, y á la mañana siguiente envió otros cien francos.

Desde entonces fué uno de los bienhechores de la casa, y suele decir á la superiora al entregar las limosnas:

—Tenga usted, madre, porque ustedes con sus pobres me han abierto las

puertas del cielo. Antes de conocer á ustedes no hacía caso de ellos; ahora amo á los pobres y á Dios.

Hace doce años que en Cincinnati fué sabedor un rico protestante de que en el asilo de las *Hermanitas* no tenían los ancianos tabaco, y mandó un carro con dos toneles que contenían mas de 500 libras cada uno. Sorprendida la Congregación por el presente, no quería recibirle creyendo que se le habían mandado por equivocación; pero cuando se depuró la verdad y dieron las gracias al donante, este dijo: «Que había enviado el presente, agradecido á las Hermanas de la Caridad que le salvaron de una muerte segura hallándose en campaña; por lo cual, á pesar de ser disidente en religion, miraba con gran respeto los institutos católicos, que le cautivaban con sus heróicos ejemplos.»

Los frutos de piedad, las conversiones que se producen en estos asilos de la ancianidad menesterosa, son muchos, pues todos los asilados, con excepciones rarísimas, mueren contritos, hasta edificando con su fervor, no obstante los errores y extravíos de una vida apartada de Dios. Ni uno solo de los huéspedes de estas casas benditas puede resistir á la gracia de la caridad, que Dios les reserva al fin de las pruebas en su triste carrera.

IV.

Las fuerzas humanas, sin asistencia de las divinas, no pueden crear instituciones tan portentosas.

El dinero, el crédito, las riquezas todas de una nación, no bastarían para

fundar empresas de esta potencia, extendidas por toda la haz de la tierra.

Solo el soplo de Dios, bajado de lo alto, é infundido en el alma de verdaderas legiones de ángeles humanos, que son ornamento purísimo del mundo, es capaz de realizar tan colosal milagro.

Aquellos que necesitan ver para creer pueden convencerse por sus propios ojos de la verdad de estas maravillas.

Los que creemos sin ver; los que sentimos sin necesidad de que las verdades reveladas tengan fiadores humanos, no podemos menos de caer de rodillas ante esta grandiosa institución de las *Hermanitas de los pobres* para bendecirla y desear que sea conocida del universo mundo.

A los que niegan todas las evidencias, á los que, obstinados y contumaces, no quieran afirmar la existencia de Dios, poseidos de una obsesión maléfica, les diremos con el Divino Fundador de nuestra religion:

—«¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Bethsaida! Porque si en Tiro y Sidon se hubieran hecho los prodigios que se hicieron con vosotras, hace mucho tiempo que hubieran hecho penitencia....»

L. HERRERO.

(De *La Semana Católica*.)

VARIETADES.

«Existe en Francia una sociedad anti-masónica de viajeros del comercio, la cual, á pesar de su reciente constitucion, cuenta ya con mas de 300 miembros, bajo la presidencia del baron Vallemagne.»

Es digna de aplauso tal determinacion que está llamada á producir, en lo sucesivo, bienes sin cuento, tanto para la sociedad como para la Iglesia católica.

Mala noticia es esta para los *hermanos* tres puntos.

«Dice una carta de Roma que Su Santidad tiene destinadas 15.000 liras anuales á las escuelas de niños, lo cual no le impide cubrir el *déficit*, si al fin del año resulta. Además Leon XIII sostiene otras escuelas de índole parecida, muy necesarias ó convenientes.

Con esta conducta el gran Papa enseña prácticamente á los católicos que las escuelas son una de las primeras necesidades de estos tiempos, y que debemos atender á ellas con preferencia á otras obras, por buenas que sean.»

Y como si esto fuera poco, sigamos leyendo:

«Entre la multitud de asuntos que ocupan la atencion del Papa, atiende especialmente al progreso de los estudios. Además de las cátedras sobre materias jurídicas recientemente fundadas, ha establecido en el seminario romano de San Apolinar cátedras especiales para la enseñanza de las lenguas orientales, confiándola á sacerdotes procedentes de los diversos países de Oriente.»

Ahora bien, todo eso y mucho mas que el Papa hace ¿no cuesta cuartos?

